

Entre Samaria y San Luis Petén.

El fuego de las terribles posturas de intolerancia.



Días atrás cobró relevancia el asesinato del líder maya y médico ancestral Domingo Choc en San Luis Petén. Esta vil acción, que aún está por esclarecerse plenamente, es una terrible expresión de inhumanidad en contra de alguien a quien, según se ha dicho, se le consideraba como “brujo.” Ese estigma es producto de los poderes simbólicos instaurados que discriminan por razones étnicas y religiosas. Choc fue objeto de un cruel linchamiento, fue quemado vivo pese a haber dedicado sus habilidades para auxiliar a muchas personas que padecían de diferentes enfermedades.

Este lamentable acontecimiento se suma a toda una historia de teas humanas que no necesariamente han requerido combustible sino una buena dosis de incomprensión y discriminación. Actos de injusticia que no terminan de entender que el mundo es más grande que lo que cabe en su percepción. Esta es una amenaza latente para el tiempo presente en un mundo plagado de diferencias y contradicciones.

Contradicciones, vivimos en un mundo de contradicciones, porque hay tantas voces, opiniones, experiencias y preferencias, pero lamentablemente estamos acostumbrados a pensar que lo que es diferente es malo. “Homogéneo”, “normal” pueden ser palabras peligrosas, y que usa la religión o cualquier grupo extremista para afirmar su única verdad y para condenar otras expresiones.

En este sentir, sabiendo que no hay nada nuevo bajo el sol, recordamos la experiencia que en el contexto bíblico vivió Juan y Santiago (Lc.9:51-56). Dos discípulos seguros de poseer la única verdad y de tener la autoridad para aniquilar otras posiciones extrañas. Estos dos entendían, quizás, que podían honrar a Jesús imponiendo su misión de manera intransigente usando la fuerza. Al menos, ese sentimiento confrontativo se percibe en el relato bíblico.

Cierta vez que estos discípulos servían a su Maestro, unos samaritanos no compartieron su verdad ni su misión y se les opusieron. Ellos tenían sus razones históricas, culturales y religiosas con Jerusalén y con los judíos. El relato señala:

51. Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro para ir a Jerusalén.
52. Y envió mensajeros delante de él, los cuales fueron y entraron en una aldea de los samaritanos para hacerle preparativos.
53. Mas no le recibieron, porque su aspecto era como de ir a Jerusalén.

Para la dupla de discípulos, esta respuesta samaritana era abusiva y ofensiva para los “representantes del reino.” ¿Cómo era posible que no entendieran lo que estaba pasando y que no honraran al mesías? No recibieron al Maestro, al Sanador, al Hijo de Dios, eso era intolerable. En consecuencia, como no colaboraban

con sus propósitos, se constituían en tinieblas, tan dignos de ser expulsados como los espíritus malignos de cualquier persona posesa. Esto no debía quedar impune. El relato añade:

54. Viendo esto sus discípulos Jacobo y Juan, dijeron: Señor, ¿quieres que mandemos que descienda fuego del cielo, como hizo Elías, y los consuma?

Debían sufrir por tener otro punto de vista, y por oponerse a su perspectiva de la verdad. El planteamiento de los discípulos podría no ser un deseo literal de aniquilación. Pero, en todo caso, conlleva una intencionalidad de superioridad que les faculta para disponer sobre la vida de los “oponentes” discriminándoles. Apelaron al trágico relato bíblico en donde, mediante Elías, se justifica un terrible genocidio (1 Re.18:37ss). Una clásica pugna que alimenta el celo y la confrontación teológica, poniendo al Dios de la biblia del lado de los vencedores.

Aquellos discípulos esperaban la autorización de Jesús (como si sólo eso les faltara), pero lo que tuvieron fue una rotunda reprensión.

55. Entonces volviéndose él, los reprendió, diciendo: Vosotros no sabéis de qué espíritu sois;
56. porque el Hijo del Hombre no ha venido para perder las almas de los hombres, sino para salvarlas. Y se fueron a otra aldea.

La indignación de Jesús se deja sentir en la fuerza de su expresión. Aunque aquellos samaritanos no pensaran como ellos, y aún se opusieran a su misión, no debían ser aborrecidos, y menos aniquilados. Aniquilar al diferente es propio de un espíritu de muerte, mismo que aún florecía en el interior de aquellos discípulos.

No hay relato bíblico, ni de Elías, ni de David, ni de Sansón que justifique el sufrimiento y la muerte de una sola persona. Si éstos están en la escritura, no es para inspirar un ejemplo de intolerancia y aniquilación.

Jesús, movido por el Espíritu de vida, intercede por aquellos samaritanos, renuncia a la confrontación y reconoce las diferencias. Es Espíritu de vida, que armoniza y reconcilia la creación, no la disipa. El término para Espíritu es *ruah* (aliento, viento), pero en el sentido amplio *ruah* es “lo abierto”, aquello que posibilita el encuentro recíproco entre Dios y la humanidad. Apertura que marca la esencia del ser humano, su relación con el mundo y el prójimo.

La expresión “no saben de qué Espíritu son”, es polémica para algunos traductores bíblicos, sin embargo, encierra un motivo de la indignación de Jesús. Esa maldita ignorancia que no termina de reverenciar la vida propia y ajena. Sus seguidores eran guiados por un espíritu diferente, el de la exclusividad, de la superioridad, de la imposición, de la venganza, de la injuria en el nombre de Dios.

Pero el Espíritu que mueve a Jesús procura salvar las almas, no perderlas. Aunque aquellos samaritanos estén en contradicción con el movimiento de Jesús, siguen siendo vidas valiosas para su Creador, jardín precioso de su ingenio y afecto, a quienes indudablemente él sabrá bendecir. De hecho, algunas de las enseñanzas de Jesús giraban en torno a la gente de Samaria, como revelando que desde la ironía figuraban como primeros en el reino de Dios.

Y en la práctica, Jesús recibió el rechazo de los samaritanos, lo asimiló, y buscó otro camino por donde seguir. Una manera tan simple como sabia, honrando las diferencias, bajo la dirección del Espíritu Santo.

Cuántos samaritanos así encontramos en nuestro camino, gente con una forma diferente de pensar, con otras perspectivas. Grupos de personas que no comulgan con nuestras devociones y nuestras luchas. Aquellos y aquellas que no necesariamente deben sujetarse a nuestros intereses y disposiciones. Esa es la realidad del mundo en el que vivimos y nos reta a superar las posturas exclusivistas, extremistas e ignorantes de la gracia de Dios en la faz de otros y otras. Requerimos identificar y encarnar el Espíritu de Jesús, en un mundo de pluralidades y contradicciones, ese Espíritu es clave para entender y amar a la otra persona diferente.

Arnoldo Aguilar B.